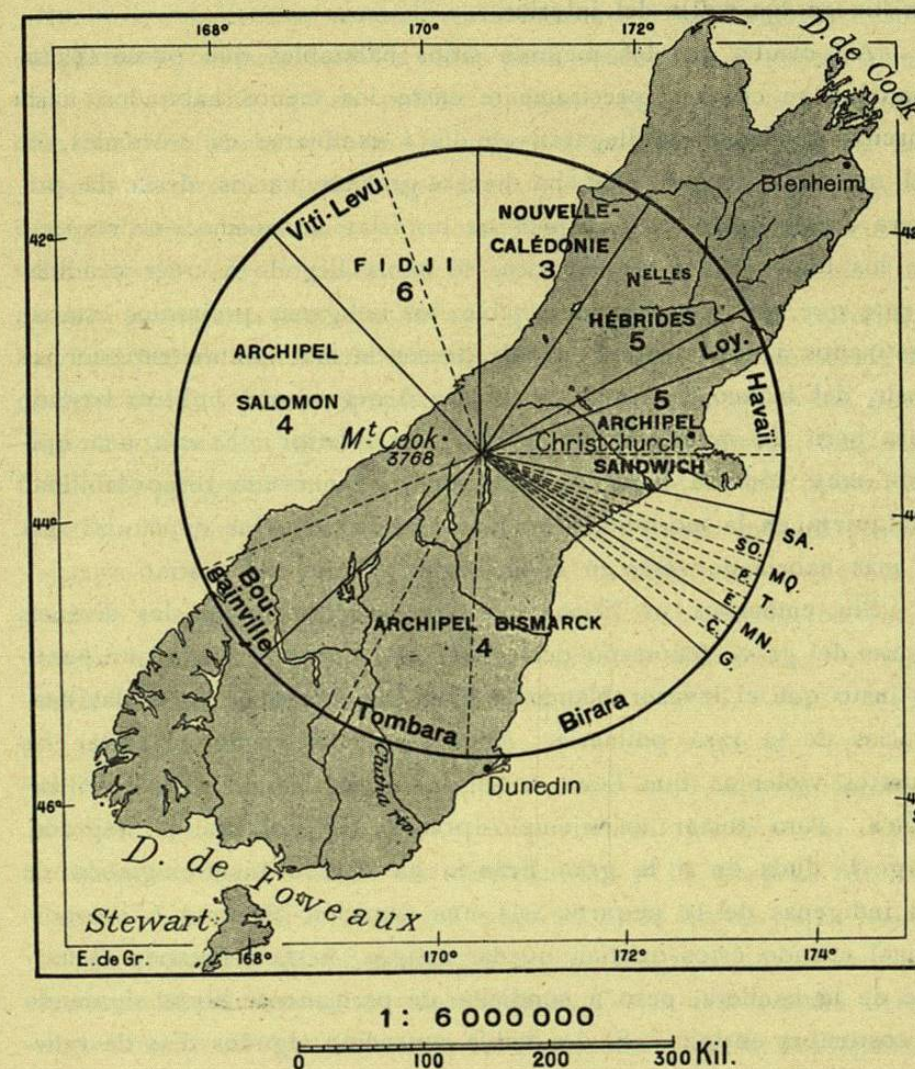


provisiones. Rechazadas á los altos valles, lejos de la playa, las gentes de Teranpoo, que se negaban obstinadamente á sufrir la dominación extranjera, debieron renunciar absolutamente á todo alimento animal y hasta privarse de cocer sus alimentos vegetales para no ser descubiertos por el humo. Las frutas y otros productos crudos que hallaban en abundancia en su retiro, bastaban ampliamente para su alimentación: batatas, patatas silvestres, raíces de dracoena y de helechos arborescentes; nueces de *tiari* y castañas de *mape*, naranjas y mangos silvestres, barbarinas ó frutos enormes de una pasiflora. Los fugitivos hubieran podido vivir cómodamente durante muchos meses si el enemigo no hubiera sido suficientemente numeroso para proceder estratégicamente á la ocupación de toda la isla. La cuestión demográfica del excedente de habitantes en proporción de los recursos alimenticios no se ha planteado, pues, en Oceanía. El suelo de los archipiélagos — sin contar las aguas oceánicas abundantes de vida — podría alimentar fácilmente una población décuple y céntuple de la que lo habita en el día: al este de las grandes islas melanesias, la Oceanía propiamente dicha no llega á un millón de residentes indígenas, blancos ó mestizos, 900,000 quizá. Á ocho ó diez individuos solamente puede evaluarse por aproximación la densidad kilométrica de los insulares oceánicos. Los archipiélagos Ellice y Gilbert por sí solos llegarían á una población específica comparable á la de Francia.

Los naturales de las islas de la Sociedad veneran entre todas esa alta tierra de Raiatea y continúan llamándola «Santa», aunque hayan abandonado el culto de los antiguos dioses. Allí abordaron, hace ya muchas generaciones, las familias que poblaron el archipiélago: la isla ha conservado el nombre de Havaii, que recuerda la patria tradicional. Hay lugares de tal modo sagrados en la isla, que ningún indígena osaría pasar allí la noche, ni aun penetrar de día, porque si aquellas gargantas silvestres, aquellos cráteres de rocas quemadas eran antiguamente muy temibles á causa de las poderosas divinidades que allí se habían reunido, ¡cuánto más peligrosos han de ser desde que el Dios de los misioneros hizo su aparición, expulsando á los dioses nacionales y transformándolos en diablos, en

N.º 553. Isla meridional de Nueva Zelanda y superficie de las islas de Oceanía.



La superficie de la isla meridional de Nueva Zelanda es de 152,165 kilómetros cuadrados, ligeramente inferior á la superficie aproximada total (178,196) de los miles de islas de Oceanía. La mayor de ellas es Birara (Neu Pommern) en el archipiélago Bismarck; en el diagrama están indicadas las de menos de 10,000 kilómetros cuadrados.

Loy = Loyauté y las islas próximas á la Melanesia (6); Sa = Samoa (13); So = Sociedad (9); Mq = Marquesas (4); P = Paumotu (7); T = Tonga (25); El = Ellice y otras islas de Polinesia (68); Mn = Marianas (7); C = Carolinas (26); G = Gilbert (82) y otras islas de la Micronesia. Las cifras indican la densidad de la población en 1895.

enemigos del pueblo al que antes pertenecían! Los olas, levantadas recientemente (1903) por una tempestad giratoria, devastaron la mayor parte del litoral, arrasaron habitaciones y ahogaron pesca-

dores, haciéndose el desierto sobre extensas playas fértiles como ya existía en los valles del interior.

Así resulta que los mejores sitios habitables que posee la humanidad se cuentan precisamente entre los menos habitados, hasta suscitar la idea de si llegarán un día á cambiarse en soledades, de tal modo la despoblación ha hecho grandes vacíos desde la primera aparición de los Europeos en las islas: lo mismo que respecto de los Pielas Rojas de América, se había llegado á creer cándidamente que, por una ley ineluctable, los indígenas polinesios estaban destinados á desaparecer; la sola presencia del hombre superior, es decir, del blanco, marinero, sacerdote ó negociante, hubiera bastado para herir de muerte desde lejos al ser inferior. Es esa una opinión muy cómoda para los que puedan tener una responsabilidad cualquiera en la mortalidad de los insulares canacas ó maoris. ¡Á lo más habría de verse en ellos ciegos agentes del destino!

Sin embargo, es lícito investigar detalladamente las diversas causas del grave fenómeno demográfico y consignar hasta qué punto es justo que el invasor blanco se lave las manos de todas las desgracias de la raza polinesia. Ante todo habrá que enumerar las muertes violentas que lleva consigo la obra llamada de «civilización». Para tomar un ejemplo preciso en Raiatea la Sagrada, surge la duda de si la gran Francia ha obrado bien exigiendo de los indígenas de la pequeña isla una sumisión absoluta é incondicional cuando éstos querían quedar amigos, hasta aceptando el fetiche de la bandera, pero á condición de permanecer libres siguiendo la costumbre antigua. Se les había concedido algunos días de reflexión antes del 1.º de Enero de 1897 para someterse por completo. Una mitad de los insulares prefirió combatir, permanecer en la montaña durante algunos meses, y no rendirse sino diezmada, para dejarse deportar en seguida al archipiélago de las Marquesas. ¿Cuántos muertos fueron la consecuencia de aquel acto de conquista? La estadística no lo dice. Tampoco dirá cuánto costaría el acto de «justicia» que unos invasores alemanes han ejercido recientemente, no en la Oceanía propiamente dicha, sino en un archipiélago de la Melanesia, poco importa el lugar, puesto que el sistema y el método son en todas partes los mismos. En Octubre

de 1901, el buque de guerra *Cormoran* fué á castigar á los insulares de Saint-Mathias matando primeramente 61 «salvajes», después capturando las mujeres y los niños para conducirlos al puerto alemán de Herbertshohe, donde podrán formarse una idea de la potencia de los «civilizados» antes de volver á su isla, si hallan la ocasión ó si viven. ¿Qué crimen atroz habían cometido las gentes de Saint-Mathias para que se les castigase de una manera tan bárbara? Se habían vengado matando á un alemán que se entretenía derribando cocoteros, los árboles con que se alimentan los naturales<sup>1</sup>. «¡Una broma, un simple pasatiempo!» Hechos semejantes se han producido en diversos puntos de Oceania, aprobados todos por la moral nacionalista que reina todavía en nuestro mundo, tan orgulloso de su progreso. En la historia del mar del Sud, quizá en la historia universal, el almirante Goodenough queda todavía como un ejemplo único de verdadera humanidad. Sintiendo herido de muerte por una flecha extraviada, se volvió á sus marineros, que ya cogían sus carabinas y preparaban sus cañones, diciéndoles: «¡Sobre todo, amigos míos, no me vengueis!»

Pero no se mata solamente con *el hierro y con el fuego*, sino también y en mayor escala con el veneno, dado bajo la forma de alcoholes puros ó adulterados, lo que constituye un arma que el tratante europeo maneja con preferencia, y la rivalidad de concurrencia se establece entre los mercaderes de Europa, que quieren obligar á las naciones á embriagarse con sus bebidas, y los fabricantes indígenas que saben también producir los más funestos licores, especialmente el *kava*, azote de las Marquesas. La lucha, reglamentada por las administraciones europeas, se establece entre los productos llamados «higiénicos» de los negociantes con patente y los destiladores no autorizados. El resultado del conflicto es siempre la intoxicación con todas sus consecuencias de vicios, de enfermedades y de muerte. ¿No tiene el Europeo su parte de responsabilidad en la despoblación que causa la embriaguez? Está fuera de duda que la disentería era desconocida entre los insulares de los archipiélagos Salomón y Nuevas Hébridas hasta la época en que unos indígenas,

<sup>1</sup> *Kaltnische Zeitung*, 6 Enero 1902.

importados en las islas Fidji, volvieron á la comarca natal con los gérmenes de la enfermedad contraída en la sociedad de los Europeos <sup>1</sup>.

Los tristes educadores de los Polinesios no han sido solamente los marineros, los soldados y los tratantes; en muchos archipiélagos fueron principalmente los misioneros protestantes y católicos, y también puede preguntarse si los religiosos personajes son absolutamente inocentes de toda culpa en la obra de despoblación. El misionero acusa al tratante porque corrompe sus fieles vendiéndoles alcohol y armas, y por su parte el tratante acusa al misionero porque las guerras religiosas encendidas por las rivalidades del culto son más encarnizadas y más duraderas que todas las otras: ambas partes se acusan mutuamente de participación en el crimen <sup>2</sup>. De todos modos una cosa resulta cierta, á saber: los misioneros ingleses han sido los verdaderos amos de la mayor parte de los archipiélagos durante la segunda mitad del siglo XIX, y á ellos principalmente ha de pedirse cuenta de la gestión europea de los intereses polinesios. Gracias á la autoridad que les daba una larga estancia, la superioridad de los conocimientos y la visita frecuente de poderosos barcos de guerra británicos, esos misioneros eran los verdaderos detentadores del poder, y los reyezuelos locales eran sus humildes cortesanos. Hablando de los misioneros ingleses venidos á su isla, un Maorí decía al viajero Lloyd <sup>3</sup>: «Han venido aquí para enseñarnos á rogar á Dios, y mientras nuestros ojos se levantan al cielo para invocar al Señor, nos han escamoteado la tierra bajo nuestros pies».

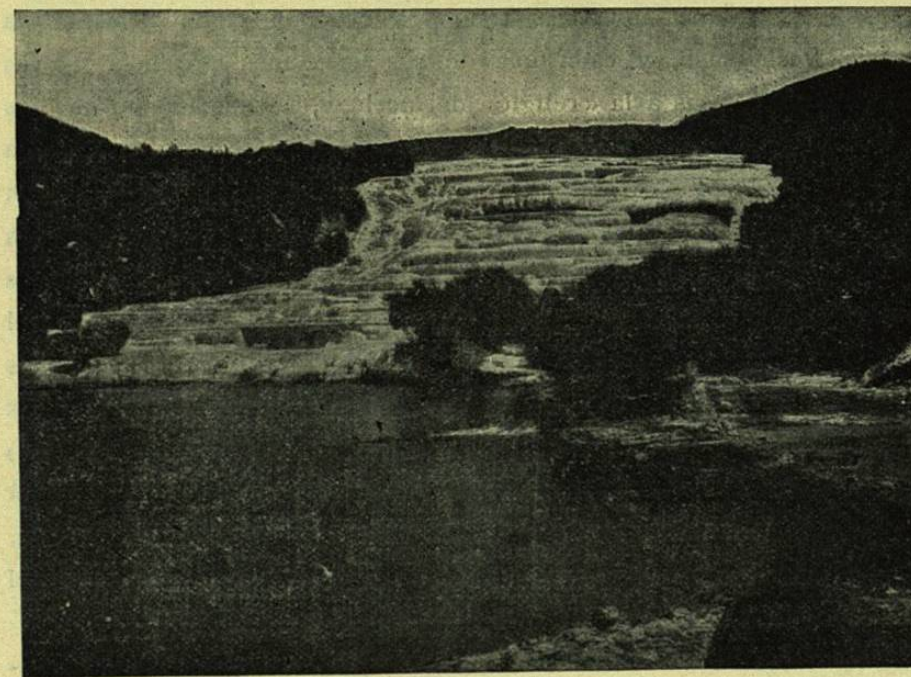
Los potentados religiosos no se limitaban á traducir la Biblia y á hacerla recitar á los indígenas; lo mismo que los Mahometanos, habían extraído la ley toda entera de su libro sagrado, ayudándose con los precedentes de la justicia inglesa: derecho agrícola, derecho comercial, penalidad, todo había sido regulado por ellos de una manera absoluta, y tal era el rigor de su vigilancia, que sus agentes estaban autorizados para penetrar á toda hora en las habitaciones. Su principal medio de investigación era el espionaje: su ense-

<sup>1</sup> R. H. Codrington, *Le Magie chez les Insulaires mélanésiens*, cap. I.

<sup>2</sup> G. Thilenius, *Globus*, 3 Febrero 1900.

<sup>3</sup> Henry Demarest Lloyd, *National Geographical Magazine*, Septiembre 1902.

ñanza cristiana se acomodaba perfectamente á animar á los delatores. Además el conjunto de su código estaba impregnado de un espíritu de codicia financiera; la multa más ó menos fuerte era la única pena pronunciada para todos los delitos ó crímenes, á excepción de las rebeldías políticas, que se castigaban con el destierro. La pobre literatura kanaca no comprende más libros que la Biblia, cantos religiosos, trataditos de escuela y, para uso de los niños, un «guía



NUEVA ZELANDA — MANANTIAL INCRUSTANTE DE ROTOMAHANA

para conocer las riquezas», resumen de economía política <sup>1</sup>. Los indígenas, educados en la escuela, han aprendido á poner sus pequeñas ganancias en la caja de ahorros.

Pero la perspectiva de la riqueza es siempre muy peligrosa, hasta para aquellos que han hecho voto de pobreza. Así los misioneros wesleyenses de la Polinesia se vieron arrastrados, algunos quizá inconscientemente, á hacerse en realidad jefes de piratas, ó al menos á patrocinar guerras de conquista. Los insulares de Tonga,

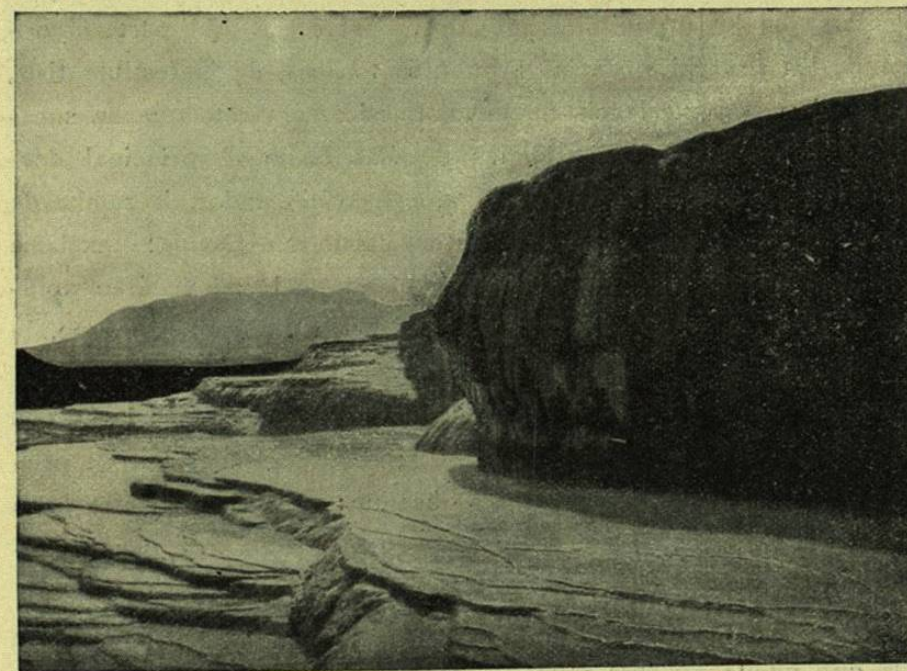
<sup>1</sup> H. Gros, *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, sesión de 30 Febrero 1896.

ya convertidos á la fe protestante y practicando los ritos siguiendo las prescripciones de sus directores espirituales, enviaron muchos de los suyos á los islotes meridionales del archipiélago de Viti, y poco á poco el movimiento de emigración se convirtió en invasión. Convertidos en «enderezadores de entuertos», es decir, conquistadores, los Tonganos acabaron por apoderarse de todas las islas, á excepción de la mayor, Viti-Levu, que habían atacado ya cuando Inglaterra intervino oficialmente para decidir en su provecho entre los beligerantes. Pero esos invasores tonganos obraban como fieles de la iglesia wesleyense, y cada una de sus anexionaciones producía nuevas cotizaciones ó tasas á la «religión del aceite», así llamada porque los misioneros eran retribuidos en kopra ó en aceite de coco. ¿Hubiera sido posible esta guerra remuneradora si los metodistas, que eran los dueños absolutos, no la hubieran querido y mandado? ¿No sería también injuriar á los sacerdotes católicos de las Marquesas y otros archipiélagos suponerles inferiores á sus émulos wesleyenses en el comercio del «aceite» y de las almas? No, fueron también buenos compadres, lo suficiente para obligar al rey Luis Felipe, el más circunspecto de los hombres, á malquistarse con Inglaterra (1843) y para hacer que se les diera la razón en sus intrigas de Taiti, á riesgo de ponerse de rechazo en lucha las dos naciones europeas.

Si los misioneros de todo culto han causado directamente el mayor mal á los Polinesios atizando la guerra civil, ¿no ha de acusárseles también de haber sido los principales introductores y propagandistas de las enfermedades contagiosas por su falso pudor, por su deplorable virtud, que pueden verdaderamente calificarse de obscenas cuando se tiene el respeto de la bella forma humana? ¿No son todos esos predicadores del pecado original quienes obligaron á los indígenas á ocultar su sana desnudez para vestirse con horribles trajes europeos? Stevenson expresa claramente su opinión de que la esposa del misionero protestante es el principal factor de esa transformación, cuya consecuencia ha sido depravar más que reforzar la virtud de esos bellos representantes de la especie<sup>1</sup>. Bullen refiere cómo por una obediencia infantil á los caprichos de

<sup>1</sup> R. L. Stevenson, *In the South Seas*, vol. I, p. 71.

fanáticos misioneros wesleyenses, y quizá también por la necesidad supersticiosa de ofrecerse en sacrificio por unas reglas duras y meritorias, los indígenas de Vau-Vau (ó Vavao, isla de Tonga) se condenan á una feroz observancia del «Sabbat», de tal modo que, durante todo el día, los intervalos de reposo entre los servicios de oraciones, cantos y otras prácticas piadosas no duran jamás más de una hora. Ansiosos, temerosos siempre de cometer alguna infracción



Cl. J. Kuhn, París.

NUEVA ZELANDA — TERRAZA EN EL PAÍS DE LOS GEYSERS

á la santidad del domingo, los cándidos naturales se creen todos obligados á presentarse delante del pastor con vestidos europeos comprados en su tienda: las mujeres van vestidas con indianas ligeras, mientras que los hombres, bajo el tórrido clima ecuatorial, llevan gruesos vestidos de lana, como marinos del Océano Artico. Pero, después del servicio, se les ve precipitarse bajo los grupos de árboles más cerca de la capilla, despojarse de sus vestidos y reaparecer, libres por algunos minutos de sus trajes de tormento, revolcarse sobre la hierba en su bella desnudez adornada con una guirnalda de hojas de cocotero<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Frank T. Bullen, *The Cruise of the «Cachalot»*, t. II, p. 91.

Compréndese cuán funestas consecuencias puede tener ese paso brusco de una á otra sensación, según las condiciones variables de la atmósfera, sobre todo cuando la hipocresía moral, que predomina siempre, se junta á la hipocresía física de los vestidos. Bien vestidos durante el día para ir al templo, los fieles gustan de desnudarse por la noche para danzar al aire libre, al viento y al rocío, sus antiguas danzas paganas: la orgía sucede á la privación, el uso del opio al de la Biblia, y las enfermedades se aprovechan para deslizarse en los organismos agotados. Tal es en gran parte el origen de los resfriados, de las bronquitis tenaces, de la temible tisis, el enemigo por excelencia de los Polinesios, el azote que ha sucedido á la sífilis de las primeras décadas como el principal destructor de la raza: «¡He ahí el monstruo devorador, la tumba de Havaii! He ahí lo que hace nuestros caminos desiertos!» exclama el historiador kanaca David Malo, hablando del mal venéreo aportado á las islas por los marineros de Europa<sup>1</sup>. Y sin embargo, la sífilis no ha herido jamás con tanto rigor como la tuberculosis. Stevenson cita la población del valle Hapaa, en Nukahiva: la viruela mató la cuarta parte de los habitantes; seis meses después se propagó la tisis como el fuego en el bosque; en menos de dos años una tribu de cuatrocientos individuos quedó reducida á dos supervivientes.

Por último, hay también una causa económica muy importante á la que puede atribuirse una gran parte de la desmoralización y, por consecuencia, de la mortalidad de los indígenas. El cese casi brusco del trabajo, producido por las nuevas relaciones establecidas con Europa y Australia, fué esa causa mayor. Antes de la llegada de los Europeos, los insulares empleaban su tiempo, no sólo en el cultivo y la pesca, sino también en trabajos de una industria muy larga y fatigosa: sin más instrumentos que huesos, aristas y otros menudos objetos, necesitaban mucho tiempo para tejer sus telas, embellecer y amueblar sus cabañas y construir sus canoas: todos trabajaban. Pero en cuanto se proveyeron de hachas y de cuchillos, en cuanto los mercaderes extranjeros les trajeron cuartos y

<sup>1</sup> Jules Rémy, *Ka Modelo Havaii*.

objetos de vidrio para reemplazar sus monedas de piedra tallada, ágatas ó jaspes, agujereadas, emplearon su tiempo en no hacer nada y se envilecieron y depravaron<sup>1</sup>. Ya en este caso no es extraño que hubiera negreros que propusieran el trabajo forzado como remedio á esa holganza de los indígenas, y, sin más escrúpulos, algunos aventureros americanos se han entregado durante los últimos



Cl. del *Globus*.

SAMOA — DOS HERMANAS DE 11 Y 13 AÑOS

años del siglo XIX á la trata de los Polinesios, especialmente de los habitantes de las islas Gilbert, al Norte de las Ellice, invitándoles á bordo de sus barcos y transportándoles, vivos ó muertos, hasta la costa de Guatemala, donde se empleaban los escasos supervivientes.

El conjunto de las modificaciones aportadas por los civilizados conduce al Océánico por el camino de la muerte, tanto más lejos cuanto los cambios, buenos ó malos, indispensables ó accesorios, hayan sido

<sup>1</sup> Wilson Keate, *An account of the Pelew Islands*; — Semper, *Die Philippinen und ihre Bewohner*.